



La Revolución ha Criado Cuervos

Podemos luchar contra gigantes, contra leones, desafiar tempestades, dominar el océano; podemos también protegernos de insectos venenosos y reptiles cobardes, aplastando la testa de las serpientes.

Toda lucha que requiere energía, destreza, habilidad y vigor, es explicable, se batalla contra adversarios; pero se puede obtener la definitiva victoria; más, sabernos espiados, vendidos, traicionados por nuestros hermanos, por nuestros hijos, es la más horrible de las angustias.

El grupo sindicalista, director del último movimiento obrero, matando su gallina de los huevos de oro, ha dejado caer su antifaz y brutalmente ha herido el sagrado vientre de su progenitora: la Revolución Constitucionalista.

X X X

El Gobierno de la Revolución, deseoso de dar apoyo y ayuda a las clases humildes, proporcionó a las directivas obreras las facilidades para reuniones y manifestaciones, respetó sus huelgas, escuchó y apoyó sus demandas.

El Gobierno Constitucionalista, que, como Gobierno, está obligado a defender los intereses de todas las clases, los derechos de todos los hombres, las propiedades de todos los ciudadanos y el trabajo de todos los seres que se agitan, crecen y viven en el seno de esta sociedad, tuvo como principales favorecidos a los obreros y los jornales fueron aumentados y aumentados y más aumentados, aún cuando los productos se vendieran a precios inferiores a su tipo normal, aún cuando la crisis del papel moneda había afectado principalmente a los tratantes del comercio y la industria; para que el trabajo no faltase y los sueldos tampoco, no se permitió a los patrones ni el derecho de cerrar sus establecimientos.

El Gobierno facilitó a los sindicalizados casas para sus oficinas, dió dinero, tinta, papel y rotativas para sus periódicos; y sus líderes usaron automóvil, consumieron gasolina y se alojaron en suntuosos palacios de la Avenida Juárez.

En los campos, los labriegos continúan sufriendo los rigores del clima, casi desnudos, sin escuelas para sus hijos, sin las comodidades urbanas, tiritando de frío en los cerros y tostando su piel en las llanuras. Los pequeños industriales, los pequeños propietarios, los pequeños comerciantes, expuestos a todas las privaciones, a todas las pobreza, a todas las miserias de los días de lucha.

Y los soldados... los soldados, sufriendo todas las penalidades económicas del Gobierno, mordidos por la fiebre palúdica, fusil al hombro, fatigados, jadeantes, duros, enérgicos, resignados, silenciosos, heroicos, cumpliendo con su deber sin una queja, sin una protesta, sin una lamentación.

En los solemnes instantes para la Patria, cuando ella necesita, pide, requiere de todos sus hijos la más completa adhesión, el amor más profundo; cuando nuestras delicadas relaciones con el poderoso vecino del Norte nos evitan adquirir pertrechos de guerra y no contamos con otro parque ni caras armas que las que nosotros podemos fabricar; cuando necesitamos trabajar de día y de noche en la producción industrial de elementos de defensa; cuando necesitamos conservar la mayor tranquilidad doméstica para que en los hogares no haya desequilibrios funestos y la vida en común continúe con la regularidad posible; cuando unidos y hermanados necesitamos hacer de todos los brazos una sola lanza, de todos los pechos una sola coraza; de improviso, sin otra preparación, sin otra advertencia, la ciudad amanece suspensa en su vida: sus millares de molinos de nixtamal se detienen, faltando el alimento para cientos de millares de seres; los tranvías no corren, miles de millares de personas no pueden concurrir a sus labores para proveer a sus necesidades; falta la luz, y ochocientos mil habitantes del Distrito Federal quedan obligados a la más completa obscuridad, y la ciudad sin alumbrado y sin trenes, dando brillante oportunidad para el avance de zapatistas en los poblados del Distrito; las atarjeas no pueden lavarse porque las bombas eléctricas no funcionan, y la peste, todas las pestes se irguen amenazantes contra la ciudad; cientos de muertos esperan horas y horas vehículos para poder ser transportados a su definitiva y última morada.

¿Es que está el enemigo en las goteras de México?
¿Es que nuestros enemigos extranjeros o nuestros adversarios políticos nos han privado de todos los recur-

ses, de todos los elementos necesarios para prepararnos para la lucha? ¿Es acaso que la reacción, con su villano maridaje exterior, ha acumulado intereses bastantes para amontonar enormes obstáculos sobre nuestro camino?

No, no es eso. No es nada de eso. Son los hijos favorecidos por nuestro Gobierno, son los que se han llamado a sí mismos "alma de la revolución", ¡son ellos!

Y la sociedad, toda la sociedad, los millares y millares de obreros que no figurán en las directivas de los sindicatos,—que honrada y laboriosamente ganan su sustento, quedan estupefactos ante el brutal atentado de unos cuantos, de unos pocos que fácilmente pueden haber sido ganados, corrompidos, comprados.

Los pobres—y son muchos cientos de miles en el Distrito Federal—no se explican el paro de los productores de fuerza y luz eléctricas, y tal vez, aquellos cuantos que están en el secreto, levantan la solemne voz del sindicato y en nombre de derechos que no representan, y en nombre de intereses que no garantizan, y en nombre de voluntades que no suman, se enfrentan con el Gobierno Constitucionalista, le conmueven las capas sociales, le detienen sus fábricas de armas y sonríen mefistofélicos esperando que, de nuevo el desprendimiento y la bondad con que los sindicatos fueron tratados, siguieran consintiendo la tiranía de hijos espúreos, de hermanos Caínes, de traidores, en fin, que mientras reciben con una mano la provechosa y generosa protección esgrimen con la otra los fraticidas puñales.

No es el Gobierno, es el pueblo el que protesta con-

tra los atentados del sindicato; no somos los gobiernistas los que pedimos justicia, somos los mexicanos.

¿No es ésta la oportunidad de precisar y definir las obligaciones de todos? Toda flaqueza, toda debilidad, serán contrarias a los sagrados intereses de la Patria.

Cada desmán y cada exceso tiene su límite justo: o admitimos vivir en la anarquía, o nos resolvemos a tener Gobierno. Los traidores de la Patria no pueden, no deben ser consentidos.

Ya que hemos criado cuervos, no permitamos que nos saquen los ojos.
